

The background of the entire page is a photograph. It shows a large Chilean flag (red, white, and blue with a white star) waving against a clear blue sky. In the lower-left foreground, the silhouette of a person with their hair in a ponytail and wearing glasses is visible, looking upwards. Other smaller flags are visible in the bottom right corner.

≡ horizontal

CHILE EN PERSPECTIVA

REFLEXIONES SOBRE EL PRESENTE
Y FUTURO DEL PAÍS

JUNIO 2021

QUE NO CAIGA LA LIBERTAD

Los sucesos que hemos vivido los últimos años en nuestro país, lo cuales han desembocado en una profunda crisis -transversal a la gran mayoría de las áreas que conforman nuestra sociedad-, han llevado a que distintos actores se cuestionen respecto la vigencia y efectividad del modelo liberal.

En las líneas que encontrarán a continuación, se presentan las reflexiones de distintas personas muy conocedoras de la materia; mujeres y hombres que al igual que todos han vivido en carne y hueso este remezón institucional, pero que, a diferencia de muchos, encuentran en el cambio la posibilidad de perfeccionar la bajada de las fuerzas y espíritu del liberalismo, comprendiendo que su ideología no es otra cosa que buscar un respeto intrínseco por la diversidad e igual dignidad, en donde cada quien pueda llevar a cabo su propio proyecto de vida independiente de sus circunstancias.



Sebastián Izquierdo R.

Director Ejecutivo de Horizontal

ÍNDICE

04

Aldo Mascareño

Autonomía e interdependencia. Hacia una formulación del liberalismo social

08

Valentina Verbal

Por un liberalismo integral y social

12

Felipe Schwember

Ideas para tiempos de crisis

16

Francisca Dussillant

Libertad para todos

20

Ignacio Briones

Chile en perspectiva: Reflexiones finales

AUTONOMÍA E INTERDEPENDENCIA. HACIA UNA FORMULACIÓN DEL LIBERALISMO SOCIAL



Aldo Mascareño

PhD en Sociología por la Universidad de Bielefeld (Alemania). Investigador del Centro de Estudios Públicos y editor general de la revista Estudios Públicos.

Me parece que el principal desafío de Chile en la actualidad y el futuro que se aproxima en el siglo XXI es construir lo que quiero denominar *liberalismo social*. Este consiste en encontrar una específica combinación de autonomía e interdependencia que asegure las mayores libertades de individuos, grupos y organizaciones, y que a la vez fomente la sociabilidad en nuestra interacción pública.

¿Cómo se expresa esta necesidad de autonomía e interdependencia? Quiero ilustrar brevemente esto con dos ejemplos por los que actualmente todos transitamos y cuyas consecuencias nos acompañarán por varios años más, sino décadas: el desajuste de complejidad del 18 de octubre de 2019 y la tensión entre el imperativo de evitar contagios y la realización de planes de vida en la pandemia. En ambos casos intento mostrar los obstáculos que ha tenido en Chile para el despliegue de un liberalismo social basado en condiciones de autonomía e interdependencia y busco hacer evidente también cuán necesaria es esta combinación de autonomía e interdependencia para enfrentar las complejidades del siglo XXI.

Desajuste de complejidad

Desde 1980 en adelante se produjo en Chile la inclusión de la sociedad entera en el tráfico global del mercado, con

las oportunidades y riesgos que esto introduce. Esto generó una fuerte transformación de la *división del trabajo*¹ en Chile: desde una estructura laboral más bien clásica (“patrones”, proletarios, obreros, trabajadores rurales) se transitó a una estructura más global y descentralizada, especializada en servicios y emprendimientos autónomos con apoyo en el sistema financiero. El resultado de esta transformación fue una sociedad con mayores pretensiones de autonomía en la definición de sus trayectorias de vida y menos dependiente de jerarquías de todo tipo, sean estas eclesiales, políticas, morales, o de clase.

En la década de 1990, sin embargo, la autonomía en el campo económico no se correspondía con la posibilidad de ejercer autonomía en los estilos de vida: Chile era crecientemente autónomo en sus prácticas, pero opresivo en la posibilidad de manifestar la sociabilidad de distintos estilos de vida y de libertades individuales y grupales que también comenzaban a crecer. En suma, la sociedad chilena se había hecho más compleja, más variada y pluralista, mientras las estructuras institucionales permanecían en el modo restrictivo originado en la dictadura, tanto en lo valórico (privilegio del modelo católico), en lo político (privilegio del sistema binominal) y en lo social (privilegio del modelo subsidiario). Todo ello limitaba el desarrollo de la interdependencia y sociabilidad, el

1. Émile Durkheim, *The Division of Labour in Society* (Hampshire: Palgrave Macmillan, 2013). Adam Smith, *The Wealth of Nations* (Hampshire: Harriman House Ltd., 2007).

encuentro e interacción entre personas distintas y su expresión por vías institucionales. Es decir, mientras las condiciones de autonomía individual y organizacional se asentaban, el intercambio entre ellas era desigual y limitado. Dicho en otros términos, se construía libertad pero no sociabilidad, autonomía pero no interdependencia.

Esto solo comenzó a cambiar institucionalmente en la primera década de 2000, aunque el ritmo de transformación institucional fue mucho menor que la libertad permitida en el mercado, que la explosión de estilos de vida en el ámbito cultural, y que el contraste que especialmente las clases medias experimentaron entre la realización de sus planes de vida y las restricciones crecientes de las nuevas generaciones para consolidar su “avance social”. En síntesis, se produjo un desajuste de complejidad, esto es, *un desajuste entre prácticas sociales crecientemente autónomas que desbordan instituciones sociales débiles o restrictivas que cambian a un ritmo menor que las propias prácticas*. Se habían construido las bases para un liberalismo social, pero faltaba aún el despliegue de un marco institucional adecuado para que la autonomía de personas y organizaciones se compatibilice con la interdependencia y sociabilidad entre ellas.

En tal sentido, el 18 de octubre de 2019 no fue una ruptura, sino la marca de inicio de un proceso de ajuste institucional a prácticas sociales plurales y planes de vida diversos, del cual el cambio constitucional es el primer paso. Me parece analíticamente demasiado simple suponer que el “estallido social” produjo una especie de “inversión de Chile”, como si la evolución social fuese un juego creacionista de suma cero. Si antes el modelo era elitista, el nuevo tendría que ser popular; si antes era guiado por la autonomía del mercado, ahora tendría que ser guiado por la autonomía del Estado; si el modelo antes era individualista, el nuevo tendría que ser colectivo. Este tipo de visión está muy extendida tanto en la izquierda como en la derecha más popular; y creo que es también la forma más “natural” en la que la ciudadanía ve las cosas, además de ser el modo en que los medios de comunicación la presentan. El problema con esta visión es que sitúa

la autonomía y la interdependencia en polos antagónicos que no pueden conciliarse. La alta diversidad alcanzada por la sociedad chilena en el plano individual, social, político y económico es indicador de la alta autonomía que los actores sociales han logrado en la prosecución de sus planes de vida y visiones de mundo. Este logro no puede ser eliminado en favor de una concepción de lo público definida ahora como unidad y coherencia entre lo popular, el Estado y lo colectivo. La autonomía alcanzada por personas y organizaciones en las últimas décadas requiere asegurar un ordenamiento descentralizado y fomentar su interdependencia por medio de instituciones democráticas flexibles que nivelen y abran oportunidades sin que ello

ponga en riesgo la autonomía tanto de individuos, organizaciones y sistemas para definir y perseguir sus planes de vida y de acción. Ese es el desafío del liberalismo social del siglo XXI.

Del imperativo de evitar contagios a la realización de los planes de vida

El liberalismo social, entendido como combinación específica de autonomía e interdependencia que asegure libertades de individuos, grupos y organizaciones y fomente la sociabilidad en la

interacción pública, también ha encontrado obstáculos en la situación pandémica.

A más de un año de inicio de la pandemia sabemos tres cosas: a) que ni el capitalismo ni la civilización occidental colapsaron, como lo auguraban varios intelectuales extranjeros y chilenos en los comienzos de la globalización del contagio; b) sabemos también que en Chile y otros países democráticos, las restricciones iniciales se han moderado y que las libertades de las personas y organizaciones presionan por mantener su autonomía; y c) sabemos que la alineación de la autonomía de la división del trabajo moderna al imperativo de evitar los contagios produce consecuencias sociales y económicas de largo plazo tan difíciles de controlar como el mismo virus.

En estos últimos puntos se encuentran justamente los obstáculos que la pandemia ha puesto al despliegue del libera-



“En tal sentido, el 18 de octubre de 2019 no fue una ruptura, sino la marca de inicio de un proceso de ajuste institucional a prácticas sociales plurales y planes de vida diversos, del cual el cambio constitucional es el primer paso”.

lismo social y que habrá que superar en las décadas siguientes. El problema central ha consistido en que el *imperativo de evitar contagios* (confinamiento, cierre del comercio, cierre de lugares de trabajo, restricciones a la movilidad nacional e internacional, toque de queda) pone barreras a una condición irrenunciable de las personas como es el *imperativo de la realización de los planes de vida* (individuales, grupales, organizacionales). Para la realización de los planes de vida (en educación, en el trabajo, en cuestiones familiares, en el ámbito recreativo, en el plano intelectual y cultural, en el espacio político y en el económico) se requiere de dos condiciones: a) que los distintos sistemas (economía, política, educación, salud, entre otros) cumplan de manera autónoma con su función y con las expectativas que se tiene de ellos; y b) que exista interdependencia entre estos sistemas para que los requerimientos diversos y simultáneos de los planes de vida puedan ser satisfechos oportunamente. Por esto, cuando el imperativo sanitario de evitar contagios pone límites indefinidos a la autonomía e interdependencia de otras esferas, se afecta directamente la realización de los planes de vida de las personas.

Los planes de vida se pueden posponer o también se pueden alterar para ajustarlos a las circunstancias, pero lo que no se puede hacer es renunciar a ellos, porque ellos son una motivación fundamental de la experiencia humana y de la acción social. Son la base de la construcción de la autonomía de una persona o grupo. Es por esto que cuando la sociedad es confinada por el Estado en base al imperativo sanitario de evitar contagios, la autonomía y la interdependencia de la sociedad en general se alteran significativamente y se ponen en riesgo. Las consecuencias de esta unilateralidad en lo social, de este alineamiento radical y forzado a los objetivos sanitarios, las hemos visto en el desempleo como consecuencia del cierre del comercio tradicional, en el incremento de las desigualdades en educación, en la sobrecarga funcional de las familias, en la sobrecarga de las mujeres dentro de las familias, en la violencia intrafamiliar, en las limitaciones a libertades fundamentales como la movilidad y la libertad de reunión, en las situaciones de depresión profunda a la que todas estas restricciones han conducido a muchas personas. Todo ello afecta directamente la realización de los planes de vida y, por esto, ellas presionan por la liberalización y la eliminación de restricciones a través de la indiferencia con las medidas, la crítica abierta a ellas o la desobediencia civil (incumplimiento de cuarentenas, de toque de queda, de medidas restrictivas en general).



“Los planes de vida se pueden posponer o también se pueden alterar para ajustarlos a las circunstancias, pero lo que no se puede hacer es renunciar a ellos, porque ellos son una motivación fundamental de la experiencia humana y de la acción social”.

Si el liberalismo social se define por la articulación de autonomía e interdependencia, de libertad y sociabilidad, entonces la alineación de la sociedad entera con los fines sanitarios sobresimplifica radicalmente la complejidad alcanzada en las últimas décadas. La transforma en una sociedad unilateral, unidimensional, contraria al principio de una sociedad abierta en el sentido de Popper (2013) que actúa combinando autonomía con interdependencia². El liberalismo social tiene que estar atento a este tipo de riesgos.

Así como en décadas pasadas la sociedad bailó al ritmo del Estado y luego lo hizo al ritmo de una monetización sin regulaciones, hoy tampoco puede hacerlo al ritmo de la salud: no toda la sociedad puede estar alineada al único imperativo de evitar contagios. El imperativo de la realización de los planes de vida individuales o familiares exige variedad y apertura de funciones sociales. Esta debe ser una preocupación central del liberalismo social en los años próximos.

Conclusiones

Algunas conclusiones pueden ser obtenidas de este análisis. En primer lugar, el 18 de octubre de 2019 y la pandemia pueden ser analizados como problemas de complejidad y autonomía. En el 18 de octubre la creciente autonomía y pluralidad de grupos e individuos choca con limitaciones institucionales. Y en el caso de la pandemia, el imperativo

2. Karl Popper, *The Open Society and its Enemies* (Princeton, Oxford: Princeton University Press).



de evitar contagios —predominante en los primeros seis meses de pandemia— debe ceder ante el imperativo de la realización de planes de vida autónomos de las personas. En ambos casos, la sociedad debe buscar una específica combinación de autonomía e interdependencia que le permita continuar sin anularse a sí misma. Esta es una preocupación central de lo que he denominado liberalismo social.

En segundo lugar, como consecuencia de la experiencia de los últimos años debemos tener claro que la autonomía no se construye a costa de la interdependencia. En los años 1970 hubo un predominio de la autonomía de la política por sobre otros sistemas que condujo a fuerte politización de la sociedad; la dictadura por su parte impuso una fuerte monetización de lo social que afectó históricamente el acceso oportuno y de calidad a servicios sociales de distinto tipo (en educación, salud, pensiones, principalmente). Hoy, más que volver al primado de la política como varios lo proponen, hay que saber cómo hacer compatibles la autonomía y la interdependencia de distintas esferas sociales para asegurar las mayores libertades de individuos, grupos

y organizaciones, y a la vez fomentar la sociabilidad en nuestra interacción pública. Esta es una tarea clave del liberalismo social.

En tercer lugar, tomar en serio el pluralismo de la sociedad chilena y los efectos de largo plazo de la pandemia significa renunciar a la idea de que la sociedad chilena pueda llegar a ser (o volver a parecer) una unidad, un cuerpo integrado de individuos con un origen, un destino y una identidad común. El pluralismo y la autonomía de planes de vida actuales hacen que la aspiración de felicidad conjunta o de una cohesión social en la que la solidaridad de algunos se reconciliaría con el agradecimiento infinito de los demás, no pasen de ser utopías que oscurecen el ya escaso margen de posibilidades políticas de que se dispone. El liberalismo social es contrario a cualquier tipo de jerarquía que busque reducir la sociedad a una de sus partes, sea esta pretensión de tipo moral, eclesial, política, de etnia, género o de clase. Por eso confía en la democracia representativa como el mejor mecanismo para articular la alta autonomía e interdependencia que caracteriza a Chile en el siglo XXI.

POR UN LIBERALISMO INTEGRAL Y SOCIAL



Valentina Verbal

Magíster en historia por la Universidad de Chile y actualmente PhD Student en historia atlántica por Florida International University (Miami, Estados Unidos).

En primer lugar, agradezco al centro de estudios Horizontal por invitarme a pensar a Chile en perspectiva. Para mí, de formación profesional mediante, esto casi siempre supone mirar las cosas desde un punto de vista histórico. En este sentido, y aunque las particularidades concretas del octubre chileno de 2019 resultaron en no poca medida inesperadas, especialmente por el nivel de violencia que lo caracterizó, la existencia de graves crisis políticas no es para nada una novedad en la historia de este país. Además de la Independencia de España, cuyo proceso comenzó en 1810, Chile tuvo crisis políticas en los años 1823, 1829, 1851, 1859, 1891, 1924 y 1973. En todos estos casos, se ha puesto en tela de juicio el orden constitucional, la democracia representativa y se ha optado por una política entendida como una lucha entre amigos y enemigos.

¿Acaso no es esto mismo lo que está ocurriendo en el Chile actual? Mi impresión es que sí. Y aunque, a diferencia de las referidas fechas, hoy no se pueda sostener que las fuerzas armadas son actores relevantes, sí puede afirmarse que el país enfrenta un proceso de fuerte deslegitimación de sus instituciones políticas y económicas. Bajo este contexto, una gran pregunta es si esta deslegitimación implica, parafraseando a Juan Linz, que la mayoría de la población

considera que las instituciones hoy existentes no son mejores que otras que podrían haberse establecido³. ¿Existe una democracia mejor que la representativa? ¿Existe un modelo económico mejor que uno que combine una economía de libre mercado y un Estado al servicio de los más necesitados? Sinceramente, no lo creo. Y tampoco estoy segura, respondiendo a la pregunta de arriba, de que la mayoría de la población quiera superar la democracia representativa y un modelo de economía social de mercado. Lo que ha ocurrido, pienso, es que, sobre todo desde el año 2010, cuando la derecha volvió al poder vía elecciones desde 1958, la ex Concertación, al verse fuera del poder, comenzó a creer que su adversario político —la derecha en el gobierno— no sólo ya no era un legítimo adversario, sino que además carecía de la misma legitimidad que ella para gobernar el país. Ese fue el momento, en particular al calor del movimiento estudiantil de 2011, en que la ex Concertación se dio cuenta que la política se podía hacer en las calles, y que valía la pena acercarse hacia la extrema izquierda, sobre todo al establecer una alianza programática con el Partido Comunista.

Sin embargo, la radicalización de la izquierda ha sido mucho más marcada desde el estallido de octubre de 2019. Y esto tanto desde la perspectiva de la deslegitimación de la demo-

3. Linz dice que la legitimidad supone que, “a pesar de sus limitaciones y fallos, las instituciones políticas existentes son mejores que otras que pudieran haber sido establecidas, y que por tanto pueden exigir obediencia”. Juan J. Linz, *La quiebra de las democracias* (Madrid: Alianza Editorial, 1989), 38. Énfasis añadido.

cracia representativa como del modelo económico, que despectivamente se suele calificar de “neoliberal”. De acuerdo a la terminología de Linz, de una oposición semileal —que le niega legitimidad al adversario, pero sin incumplir radicalmente las reglas de la democracia—, la izquierda chilena ha transitado hacia una oposición abiertamente desleal, tanto contra el gobierno legítimamente electo como contra la democracia en sí misma. Si se revisan los indicadores de comportamiento antidemocrático de Linz, tratados también por Steven Levitsky y Daniel Ziblatt en el súperventas *Cómo mueren las democracias*, la izquierda chilena los ha cumplido todos⁴. Además de haberle negado legitimidad a la derecha para gobernar el país, ha violado persistentemente la Constitución vigente, ha validado la violencia como método de acción política, y ha carecido de contención institucional, lo que supone abusar hasta la saciedad de las prerrogativas legales —como la acusación constitucional— con el propósito de provocar, si no la caída del gobierno, al menos su máximo debilitamiento. Además —y como así lo recomiendan encañonadamente Linz, Levitsky, Ziblatt y Nancy Bermeo, entre otros autores—, tampoco la izquierda moderada ha sido capaz de aislar a las fuerzas antidemocráticas. Por el contrario, ha intentado casi desesperadamente unirse a ella para, como gran misión, “derrotar a la derecha”⁵.

Pero, para ser justos, y aunque de manera más moderada, la derecha también ha incumplido las reglas de la democracia. Esto se ha visto especialmente reflejado en el hecho de que también ha apoyado proyectos de ley inconstitucionales, en particular por implicar la erogación de gasto público. Pero además, un importante sector de ella —emblemáticamente representado en lo que se ha dado en llamar la “derecha social”— ha hecho suya la interpretación *mainstream* del estallido de octubre de 2019, que básicamente sostiene que el país se habría levantado en contra del modelo neoliberal, supuestamente responsable de haber aumentado la desigualdad material entre los chilenos y legitimado un modelo esencialmente basado en los abusos. Además, esta derecha ha hecho también propia la creencia de que la política consistiría, ya no en la idea de poner en competencia visiones de país diferenciadoras, aunque enmarcadas en reglas del juego comunes, sino en la captación de las “pulsiones y anhelos populares”, en escuchar la voz de la calle, como si esta voz fuese realmente representativa del conjunto de la población. De este modo, cabe insistir, un importante sector de la derecha chilena ha renunciado a su labor de mediación ideológica a partir de la creencia de que, dejando de lado los principios que históricamente la han caracterizado, ella misma sería capaz de auscultar casi mecánicamente los sentimientos de



4. Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, traducción de Gemma Deza Guill (Barcelona: Ariel, 2018).

5. Bermeo habla de *distancing capacity* para referirse al hecho de que las fuerzas democráticas aislen a las que no lo son. Dice ella que “este distanciamiento implica condenar y [en su caso] enjuiciar a todos quienes se comprometan con la violencia, incluso cuando se presenten como actuales o potenciales aliados”. Nancy Bermeo, *Ordinary People in Extraordinary Times. The Citizenry and the Breakdown of Democracy* (New Jersey: Princeton University Press), 238. La traducción es mía.

la calle. Y la verdad sea dicha, esta es la derecha que resultó derrotada en las elecciones de los días 15 y 16 de mayo pasado. A diferencia de lo que han sostenido algunos intelectuales que han alimentado ideológicamente a este sector político, la derecha que perdió en las referidas elecciones no fue la, por ellos, llamada “derecha economicista”, sino la derecha social. Paradoja mediante, esta derecha que estimo hoy es hegemónica busca revivir vertientes que históricamente han sido irrelevantes en el contexto de la derecha: el nacionalismo cercano al fascismo católico y el comunitarismo de raíz socialcristiana. Además, y precisamente desde una visión organicista de sociedad, esta derecha puede más bien asimilarse al populismo, en cuanto aspira a identificarse con un pueblo supuestamente abandonado por las élites políticas. Me atrevo a decir que esta no es la derecha —no puede ni debería serlo— que busca representar Evópoli y la candidatura presidencial de Ignacio Briones.

Y digo *no puede ni debería serlo* aunque los vientos parezcan correr en favor de esa derecha. Pero sobre todo porque una derecha liberal debería defender con fuerza la democracia representativa, el libre mercado como un legítimo sistema de cooperación social, y un Estado que no sustituya la libertad de los ciudadanos, sino que la complemente o facilite. Me niego a la existencia de un Estado paternalista y, más aún, patriarcal, en términos de asimilar al Estado a una gran familia y a los ciudadanos como hijos del mismo.



“(...) una derecha liberal debería defender con fuerza la democracia representativa, el libre mercado como un legítimo sistema de cooperación social, y un Estado que no sustituya la libertad de los ciudadanos, sino que la complemente o facilite”.

¿Cuál es el proyecto histórico de Evópoli? ¿Cuál es el proyecto político que debería ofrecerle a la ciudadanía Ignacio Briones? Y pongo estas preguntas sobre la mesa porque, creo, un relato político no debe ser improvisado. Aunque un relato político debe responder a un contexto determinado en buena medida por el presente que se hoy se vive, al final del día hunde sus raíces tanto en una vertiente ideológica concreta como en un proyecto partidista de raigambre histórica. Este es, para el caso de Evópoli, el liberalismo clásico y el liberalismo partidista chileno, ambos representados en el siglo XIX por la figura intelectual de José Victorino Lastarria. ¿Qué decía Lastarria? ¿Qué lecciones nos legó para el presente? ¿Cómo, pienso yo, deberían conectarse sus ideas con el proyecto histórico de Evópoli y con la candidatura presidencial de Ignacio Briones?

Lastarria llamó a su propuesta política *semecracia*, una traducción libre de la expresión inglesa *self government*. Para él, una semecracia supone “dejar al individuo toda su acción, debiendo limitarse la del Estado simplemente a facilitar a cada una de ellas las condiciones de su existencia y desarrollo”⁶. Como se observa, y como el buen liberal clásico que era, Lastarria consideraba que el orden político debía partir del principio de presunción de libertad, que implica considerar la acción de las personas como regla general y la acción del Estado como excepción. Y ¿en qué consistiría esta excepción? En no limitar la libertad de todos en favor de un “horizonte común de sentido”, sino en facilitar el ejercicio de la libertad en favor de quienes no se encuentran en condiciones de desplegarla. Para Lastarria, y a diferencia del lugar común actual, la igualdad material no era un valor a defender, ya que, por el contrario, la desigualdad económica constituía un acicate para el progreso y la movilidad social.

¿Hasta qué punto esta mirada histórica del liberalismo chileno se conecta con el proyecto fundacional de Evópoli y, por extensión, con la candidatura presidencial de Ignacio Briones? Mi respuesta es que esto ocurre, en primer lugar, mediante lo que puede calificarse como un *liberalismo integral*, y que podría resumirse en cuatro puntos. Primero, este liberalismo implica defender tanto la libertad económica como la libertad política, es decir, la democracia. Y la democracia representativa, aquella que no renuncia a un deber de mediación entre los electores y los representantes; una que, además, es estricta en el cumplimiento de las reglas que la sostienen, y que no mira a los adversarios políticos

6. José Victorino Lastarria, *La América* (Gante: Imprenta de Eug. Vanderhaeghen [1865] 1867), 48-49.

como enemigos a destruir. Segundo, un liberalismo integral supone defender la libertad económica por razones deontológicas más que por razones meramente utilitarias: las personas tienen derecho a crear e intercambiar los bienes que estimen conveniente. Esto supone, en gran medida, valorar la labor de los emprendedores que se levantan temprano en la mañana al servicio de un proyecto de vida, al igual que lo hace el panadero de Adam Smith que, al buscar su propio interés, sirve al mismo tiempo al interés de quienes adquieren su pan. Tercero, dicho liberalismo significa entender que la libertad no se reduce únicamente a lo económico, sino que también se extiende a los proyectos de vida en un sentido amplio. Por eso, Evópoli ha sido el primer partido de derecha que, en la historia de Chile, ha defendido la igualdad y no discriminación de las diversidades sexuales, considerando por ejemplo que todas las formas de familia merecen ser reconocidas por la legislación, y que las personas transgénero tienen derecho a modificar su sexo registral. Y finalmente, el liberalismo aquí referido debería aspirar a un rol del Estado que impulse, pero que no reemplace, a las personas en el ejercicio de su libertad. Esto último supone la consideración de la subsidiariedad estatal tanto en su faz negativa, de abstención en favor de la libertad individual, como positiva, de intervención en favor de los más necesitados. Así, por lo demás, lo dice la declaración de principios de Evópoli del año 2013.

Pero además de un liberalismo integral, el proyecto político que aquí estoy refiriendo puede ser también entendido como un *liberalismo social*. De hecho, el último punto recién referido —el de la subsidiariedad en su doble faz— le abre la puerta a este liberalismo. El mismo Ignacio Briones, en una conversación que tuvimos mucho antes de que él llegase a ser ministro de Estado, y que quizás soñase con ser candidato presidencial, me decía que liberalismo de Evópoli

es *social*, porque “pone al individuo, y el despliegue autónomo de sus proyectos de vida, en el centro de la acción política”. Y agregaba que “para eso se requiere de una política pública de mínimos exigentes, que desarrolle capacidades habilitantes significativas que ayuden al despliegue de esos proyectos personales”.

Para terminar, quiero decir que hoy —en el contexto de una crisis política, económica y sanitaria— no es el momento de renunciar al proyecto propio, que se ha forjado a fuego lento, sino precisamente al revés: los tiempos de crisis son oportunidades para dar testimonio. ¿No fue acaso eso lo que hicieron Winston Churchill y Margaret

Thatcher frente al nazismo y al socialismo de izquierda, respectivamente? ¿No fue eso lo que hicieron, desde el campo de las ideas, Karl Popper y Friedrich Hayek durante buena parte del siglo XX para enfrentar a los totalitarismos que lo caracterizaron? Ninguno de ellos renunció a sus convicciones para escuchar “las pulsiones y anhelos populares”. Ellos llegaron al gobierno, o triunfaron en términos intelectuales, no por el hecho de atrincherarse, sino por ir al ataque con sus ideas y convicciones. Esto es lo que, modestamente creo, debes hacer tú Ig-

nacio en este momento decisivo. Con humildad te digo: es mejor perder una elección si esto supone ganar la próxima generación, que ganar una elección pero a costa de perder la próxima generación. Durante los primeros años de Evópoli, Felipe Kast siempre nos decía que “nuestro proyecto político es a 20 años plazo”. Evópoli se fundó en el 2012. Por lo tanto, tenemos hasta el 2032 para triunfar electoral y culturalmente. Los tiempos mejores no serán nunca los tiempos del populismo —tanto de izquierda como de derecha—, sino los tiempos en que podamos cosechar el trabajo lento pero persistente, algunas veces sin ilusión, en favor del derecho de todos a buscar su propio destino.



“(...) no es el momento de renunciar al proyecto propio, que se ha forjado a fuego lento, sino precisamente al revés: los tiempos de crisis son oportunidades para dar testimonio”.

IDEAS PARA TIEMPOS DE CRISIS



Felipe Schwember

Licenciado en Derecho y en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra. Profesor de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez.

Muchas gracias por la invitación que me ha extendido Horizontal al seminario “Chile en perspectiva”. Se nos ha pedido que reflexionemos acerca de la crisis actual y, sobre todo, de los principios que pueden ayudar a superarla.

La misma reflexión que se nos invita a hacer tiene o parece tener al menos dos supuestos en los que, creo, es preciso detenerse.

El primero es que a los principios o a las ideas les cabe desempeñar algún papel en la evolución de las crisis; el segundo, es que aún no hemos hallado o no estamos seguros de los principios conforme a los cuales superar la crisis en curso. Comenzaré refiriéndome a este segundo supuesto, que parece situarnos, a nosotros que nos hacemos la pregunta, en una posición de incertidumbre.

Creo que lo primero que puede decirse al respecto es que no es probable que otros, nuestros adversarios políticos, se hallen en esta misma situación. O no parece al menos que la incertidumbre que enfrenten sea del mismo tipo. Aquellos que anhelaban un proceso constituyente y que querían superar el modelo neoliberal *no se encuentran en la situación de preguntarse cuáles son sus principios o con arreglo a cuáles ideas ha de superarse la crisis*; por el contrario, ellos creen que fueron otras ideas —las neoliberales— las que precipitaron la crisis y que son sus ideas las que per-

mitirán encausarla y superarla. Por esta razón, para aquellos que querían *otro modelo* la crisis es simplemente una oportunidad y la única incertidumbre que tal vez puedan experimentar es en qué medida o hasta qué punto puedan plasmarse sus ideas en el nuevo texto constitucional, sobre todo cuando *sus* ideas no forman un conjunto homogéneo.

Quienes, como yo, son partidarios del modelo neoliberal tienen, sin embargo, más dudas por lo que al proceso constituyente respecta; que la crisis se encause y resuelva de modo fructífero en el largo plazo dependerá de que varias instituciones sean reconocidas y sancionada en la nueva constitución. Me refiero, en lo esencial, a la democracia representativa, a las libertades personales —incluida la libertad económica—, al derecho de propiedad —incluida la propiedad privada sobre los medios de producción—; me refiero también, por ejemplo, a la autonomía del Banco Central y al rechazo de la idea del Estado productor o empresario. De lo contrario, la nueva institucionalidad no hará otra cosa que poner las bases para una nueva crisis o, peor aún, llevarnos a una situación de crisis permanente.

Con lo dicho creo que se puede colegir mi respuesta a la pregunta acerca de los principios conforme a los cuales puede superarse esta crisis: son los mismos que han permitido a Chile prosperar en los últimos 30 años. En este sentido, no creo que sea el caso que los partidarios del liberalismo

—u otras corrientes dentro de la derecha— se hallen sin principios. Los tienen y deben defenderlos, aun cuando esa defensa sea ahora mismo una tarea impopular o ingrata. Aun cuando no sea más que una prédica en el desierto.

Platón cuenta que Critón se presentó en la celda de Sócrates la noche antes de su ejecución para ayudarle a huir. Le dijo que había sobornado al carcelero y que tenía preparada la fuga. Sin embargo, Sócrates le respondió que no huiría a menos que lo convenciera de que era lo mejor, de que lo más justo era hacerlo. Critón, desconcertado, le dijo que no es el momento de hacer filosofía y trenzarse en discusiones acerca de la justicia y la virtud. Sócrates le respondió que si tales discusiones no eran una broma *antes*, entonces tampoco lo eran *ahora*, que debía enfrentar la muerte. Pues bien, en un contexto muchísimo menos dramático, claro, las palabras de Sócrates a Critón nos interpelan ahora a nosotros: ¿era broma cuando decíamos que los principios de una sociedad libre son los mejores y más justos? ¿Los que más prosperidad permiten a sus ciudadanos? ¿Los que ofrecen mejores oportunidades? ¿O ahora que estamos en dificultades los vamos a abandonar por otros que nos resulten más cómodos o nos merezcan menos incompreensión y menos reproches? Si se van a abandonar los principios, que sea por convicción y porque se ha dado con principios mejores. Como, por mi parte, no veo esos principios en el horizonte de la discusión actual, no creo que sea sensato abandonar los que informan lo que Popper llamaba una *sociedad abierta*.

La política no puede prescindir del oportunismo. Pero tampoco puede vivir siempre de él. Y seguramente no debe hacerlo nunca en situaciones de crisis como la actual. Es mejor perder defendiendo los propios principios que vencer promoviendo los del adversario. O ese debe ser el caso si, nuevamente, la política no debe ser una broma.

No se crea que quiero defender hoy alguna forma de dogmatismo. Sería un error confundir la convicción con el dogmatismo, sobre todo cuando, como es el caso, los principios admiten muchas aplicaciones. La sociedad abierta puede adoptar muchas formas y muchos arreglos institucionales pueden servir a sus principios. No existe, por ejemplo, un único modo de hacer efectivas las prestaciones sociales en favor de los más desafortunados. No existe un único modo de llevar a cabo la subsidiariedad. Piénsese, por ejemplo, en

Hayek, Röpke u otros autores liberales de mediados del siglo pasado. Ellos, que tuvieron que defender sus principios en condiciones realmente adversas, no carecieron de la audacia para imaginar políticas que hicieran del liberalismo una teoría política atractiva y viable. Así, por ejemplo, Hayek defendió una renta mínima garantizada en los siguientes términos:

“No hay motivo para que en una sociedad libre no deba el Estado asegurar a todos la protección contra la miseria bajo la forma de una renta mínima garantizada, o de un nivel por debajo del cual nadie caiga. Es interés de todos participar en este aseguramiento contra la extrema desventura, o puede ser un deber moral de todos asistir, dentro una comunidad organizada, a quien no puede proveer por sí mismo. Si esta renta mínima uniforme se proporciona al margen del mercado a todos los que, por la razón que sea, no son capaces de ganar en el mercado una renta adecuada, ello no implica una restricción de la libertad, o un conflicto con la soberanía del derecho”⁷.

Röpke, por su parte, recurrió al estado subsidiario porque vio en él un antídoto contra *los trastornos que ha desencadenado el avance del capitalismo y la industrialización*: masificación, proletarización, mecanización y centralización (i.e., concentración) política y económica, entre otros fenómenos que menciona. Más concretamente, en su opinión el estado subsidiario y el *ethos* que lo sostiene ofrece una *tercera vía* para contrarrestar los procesos de degradación social señalados, que resultan inevitables cuando se deja el capitalismo librado a sí mismo (capitalismo del *laissez faire*). Esa tercera vía consiste, básicamente, en la instauración de un sistema económico-político que combina la economía de mercado con la descentralización política y económica. La idea de Röpke es que, por medio de la subsidiariedad se fortalezcan las asociaciones (i.e., los cuerpos intermedios) que contrarrestan la atomización social producida por la masificación y la proletarización, mientras se produce, al mismo tiempo, aburguesamiento del proletariado. La idea general que inspira la visión de Röpke puede resumirse en el siguiente pasaje:

“Al principio individual en el meollo de la economía de mercado debe hacer contrapeso el principio social y humanitario en el trasfondo, si ambos han de subsistir en nuestra sociedad moderna, y al mismo tiempo han de ser desterrados los peligros mortales de la masificación y la proletarización”⁸.

7. Friedrich A. Hayek, *Derecho, legislación y libertad. Una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política* (Madrid: Unión Editorial, 2006), 289-90.

8. Wilhelm Röpke, *Civitas humana. Cuestiones fundamentales en la reforma de la sociedad y de la economía* (Madrid: Revista de Occidente, 1949), 38



“¿Cómo puede estar agotada la idea de que la mejor sociedad es aquella en que la vida de cada persona no es sino el resultado de las elecciones libres de cada una de ellas? ¿De que la mejor sociedad es aquella que mejores oportunidades ofrece a sus ciudadanos?”.

Para sortear los “peligros mortales” de la masificación y la proletarización, Röpke considera esencial el proceso de aburguesamiento indicado, pues:

“Todos los demás contrapesos del Estado se convierten en pura sombra cuando falta el peso principal: el mínimo de independencia económica del individuo, que se funda en un mínimo de propiedad, de libertades económicas y de seguridad de la existencia”⁹.

Supongo que podemos servirnos también del criterio de Eucken para afirmar que en un orden social justo “nadie debe tener ni más ni menos poder económico que el que es necesario para poder realizar un Orden de Competencia” (Eucken).

Creo que hay mucho de estas ideas que se puede aún aprovechar. De hecho, me parecería aventurado decir que están agotadas. ¿Cómo puede estar agotada la idea de que la mejor

sociedad es aquella en que la vida de cada persona no es sino el resultado de las elecciones libres de cada una de ellas? ¿De que la mejor sociedad es aquella que mejores oportunidades ofrece a sus ciudadanos? En sintonía con esa aspiración, el liberalismo entiende que la buena sociedad es aquella cuyas instituciones permiten a las personas disfrutan del mayor espacio de libertad, compatible con el espacio equivalente de los demás; que el aseguramiento de ese espacio supone la creación de las condiciones que permitan el ejercicio de tal libertad a todos sus miembros y, en consecuencia, la creación de los mecanismos por los cuales aquellos que se encuentren en desventaja puedan, no obstante, tener la posibilidad de reconocerse en sus propias elecciones.

A propósito de todo esto permítaseme referirme ahora al primer supuesto de la invitación que se nos hacía. Me refiero al supuesto que les cabría desempeñar a las ideas en la evolución de las crisis.

Las ideas por las que aquí he abogado están en retroceso. Aun cuando ellas no estén en sí mismas agotadas, parecen estarlo desde un punto de vista retórico: por lo visto, la ciudadanía no quiere oír hablar de subsidiariedad ni tampoco de focalización; ni del mercado ni tampoco del crecimiento económico, y muchos menos del lucro.

Podrían hacerse aquí varias consideraciones, algunas retóricas y otras conceptuales: por ejemplo, sobre el modo de presentar esas mismas ideas de una forma nueva, tal vez mediante nuevos términos, para así hacerlas más atractivas al público; que varios de los conceptos con que se las describen, como el de “neoliberalismo” y “lucro”, descansan en una caricatura tanto del mercado como de sus pretendidos efectos sobre quienes participan en él.

Sin embargo, no me detendré ahora en esas consideraciones. Quisiera detenerme, en cambio, en el problema del pa-



“(...) por lo que a nosotros respecta, supongo que solo se puede decir que el único modo de apresurar el ciclo y de poner las tornas a nuestro favor es defendiendo de modo claro e inequívoco las ideas y políticas liberales; defendiendo un proyecto alternativo”.

pel de las ideas en la crisis. Particularmente de las ideas por las que aquí he abogado. Esas ideas parecen condenadas a la obsolescencia: no tienen fuerza para convocar a la ciudadanía, y más bien parecen ser ya parte de la historia del ciclo neoliberal que se estaría cerrando. En este sentido, la crisis es, al menos en parte, *contra* las ideas por las que aquí abogo y a favor de las del otro modelo. Es el momento y la oportunidad de estas últimas. Cuánto dure ese momento dependerá de varias cosas. Entre ellas, paradójicamente, de la pervivencia del neoliberalismo en el otro modelo. Pero, por lo que a nosotros respecta, supongo que solo se puede decir que el único modo de apresurar el ciclo y de poner las tornas a nuestro favor es defendiendo de modo claro e inequívoco las ideas y políticas liberales; defendiendo un *proyecto alternativo*. Vestirse con ropajes ajenos es pan para hoy y hambre para mañana.

Muchas gracias.

LIBERTAD PARA TODOS



Francisca Dussaillant

Doctora en Economía por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Presidenta de la Sociedad Chilena de Políticas Públicas. Investigadora asociada de Horizontal.

El objetivo de esta exposición es reflexionar sobre el Chile del futuro en el contexto de la crisis política que hoy enfrenta el país. Desde octubre de 2019 vivimos tiempos difíciles: una crisis social que revienta en hechos de inusual violencia, secundada por una crisis sanitaria global de enorme magnitud; de éstas que solo se ven una vez cada siglo. Las consecuencias económicas de la crisis han forzado el despliegue de todas las capacidades de un Estado débil, en un entorno político adverso. Nuestro sistema de pensiones se derrumba, nuestro país se endeuda a tasas nunca vistas y la gente sigue sufriendo. Chile sigue siendo un país de ganadores y perdedores, las ayudas han llegado —en muchos casos— a personas que no las necesitan, y —en no pocos casos— no han alcanzado hogares que las necesitan con desesperación. Definitivamente estamos en una bifurcación, en una encrucijada trascendental. El futuro está abierto a todas las posibilidades. Durante las crisis surgen las oportunidades, pero también se sellan destinos desastrosos.

Hoy quisiera hablarles sobre la oportunidad, que todavía está abierta, de tomar una senda de futuro que nos permita transitar hacia un Chile mejor que el que había a fines de 2019, hacia un Chile que progresa, *incluye* y *permanece*, tres claves que definen a ese Chile mejor.

Un Chile que *progresa* porque todavía nos falta avanzar como sociedad para alcanzar el desarrollo. Solo siendo un país desarrollado podremos de verdad cumplir los sueños de todos los chilenos y avanzar hacia un futuro mejor. Un Chile que *incluye*, porque ese progreso del que hablamos debe ser compartido por todos, independientemente de su sexo, edad, etnia o lugar geográfico que habita. Un Chile que *permanece*, porque ese desarrollo al que aspiramos debe mantenerse vivo a lo largo de las generaciones. Para lograr esa permanencia, hay dos aspectos cruciales a considerar: primero, el *cuidado del medio ambiente* y el reconocimiento de los desafíos ambientales que ya nos están alcanzando. Para lograr aquello, se requiere de una estrategia coherente de mitigación del cambio climático. Segundo, la *responsabilidad fiscal*: cada generación debe legar progreso a la que sigue. Si, por ejemplo, una generación se endeuda en demasía y compromete la capacidad de la nación de generar ingresos, la permanencia de ese desarrollo se ve comprometida.

¿Cómo lograr un progreso que incluye y permanece? Ese Chile soñado solo se puede construir si trabajamos en pos de un principio fundamental: *la libertad*. Solo en libertad se puede expresar la riquísima diversidad que hay en nuestra sociedad, y la expresión de esa riquísima diversi-



“Solo en libertad se puede expresar la riquísima diversidad que hay en nuestra sociedad, y la expresión de esa riquísima diversidad es la que nos encaminará a ese progreso que estamos persiguiendo”.

dad es la que nos encaminará a ese progreso que estamos persiguiendo. Porque ese progreso no se construye desde arriba hacia abajo, no lo construye un Estado todopoderoso que dirige las vidas de unos ciudadanos pasivos y receptores de beneficios. Eso nunca ha funcionado. El progreso lo construyen los ciudadanos, desde abajo hacia arriba, ciudadanos actores de sus trayectorias, actores de su futuro. Para poder cumplir esa tarea, debemos darles alas para que se exprese toda aquella riquísima diversidad que nos permitirá construir ese futuro que queremos.

¿Basta simplemente, entonces, con trabajar en pos de la libertad? No basta, porque no todos entienden la libertad de la misma manera. Hay que definir los atributos y límites de esa libertad.

Lo más importante es estipular que *esa libertad es para todos*. Es decir, tenemos que trabajar por un Chile *en el que todos sean igualmente libres*. Y eso no es obvio. Necesitamos *igualdad en la libertad*. Si las libertades de unos son diferentes de las libertades de otros, el esquema se nos desarma rápidamente. Esta igualdad en la libertad es tan importante como la libertad *per se*, y es la razón por la cual debemos construir un *Estado que reponga los espacios de libertad que algunos de los ciudadanos pueden haber perdido*.

El espacio de libertad tiene que ser máximo, por eso tenemos una red de apoyo social, porque la pobreza y las nece-

sidades extremas limitan la libertad. No queremos igualar en todo sentido, no queremos una nación gris y mediocre. *La igualdad sin libertad no sirve*. Esa es la igualdad del esclavo, o de la mujer antigua, esa que tenía su futuro escrito el día que nació. *Para la expresión de la diversidad, es fundamental que haya libertad*.

Lo anterior se puede ilustrar con un ejemplo: la historia de las reivindicaciones de la mujer. Para este tema, recomiendo leer a uno de los grandes filósofos del liberalismo, John Stuart Mill, que ya a mediados del siglo XIX, abogaba por igualar las libertades de las mujeres con las de los hombres.

En su ensayo sobre el sometimiento o la esclavitud de las mujeres, Mill reconoce que las mujeres de su época son menos libres que los hombres. Y considera que aquello es una aberración, puesto que además de disminuir el bienestar de aquellas, dicha situación conforma una pérdida para la sociedad completa. Porque esas mujeres, de haber tenido más libertades, hubieran desplegado sus aptitudes y aportado mucho más al progreso de la Inglaterra de aquella época. En vez, se veían muchas veces oprimidas por un marido que gozaba ejerciendo un poder limitante sobre ellas y sus hijos, que hacían las veces de súbditos indefensos. Mill defiende abrir espacios de libertad para las mujeres para que puedan ellas usar sus facultades intelectuales, cosa que a esas alturas todavía no ocurría. Dice Mill:

“El segundo beneficio que puede esperarse de la libertad que se dará a la mujer para usar sus facultades dejándola escoger libremente la manera de emplearlas, ofreciéndoles el mismo campo de ocupación y los mismos premios y el mismo impulso que al hombre, sería duplicar la suma de facultades intelectuales que la humanidad tiene a su servicio. Donde ahora se encuentre una persona capaz de hacer el bien a la especie humana y de promover el progreso general por medio de la enseñanza pública o de la administración de algún ramo de los negocios públicos o sociales, habría entonces dos⁹”.

En efecto, Mill argumentaba que, al definir la trayectoria de vida de las mujeres al momento de su nacimiento, la sociedad entera perdía el importante pero aún potencial aporte al progreso que podían entregar las mujeres. Porque en aquella época una mujer que nacía tenía un solo futuro posible: el matrimonio, la maternidad y los quehaceres del hogar. Las leyes de matrimonio entregaban la mujer a su

9. Mill, John Stuart, “La esclavitud de la mujer”, *Revista de Santiago*, Tomo II (1872-1873), 140-141.

marido, quien se transformaba en su dueño absoluto. Su destino dependía de lo que el hombre dictaminaba. El espacio de libertad del hombre era máximo, el de la mujer estaba definido por los límites que él (y la sociedad, a través de las costumbres) impusiese. Todas las mujeres eran iguales, todas eran esclavas.

En Chile la cosa no era muy distinta. El Chile de los guachos, los lachos y sus madres era un Chile profundamente desigual en cuanto a libertades. ¡Todos los destinos estaban escritos desde la cuna! Hoy en día ya no existen los guachos, pero sí las familias donde la única proveedora es la madre. Ahí crecen muchos de los niños de Chile. Ahí es donde las mujeres gastan los recursos que obtienen del trabajo en la crianza de los hijos. Mientras tanto, no pocos padres se quejan porque les retienen fracción de su 10% para saldar una deuda de alimentos que de otra manera jamás habrían pagado.

Ahí tenemos un ejemplo flagrante de desigualdad en las libertades de un grupo, respecto de otro, que se mantiene hasta hoy. *La lucha de la mujer por su libertad es una lucha inconclusa.* La lucha por la dignidad de las minorías sexuales, cuyo objetivo no es más que igualar los espacios de libertad para que todos podamos florecer y transformarnos en actores de un Chile que progresa, también consiste en la búsqueda de mayores espacios de libertad. Pero éstos no son los únicos grupos que ven su libertad restringida. También son menos libres quienes no tienen sus necesidades básicas cubiertas, quienes no pueden desarrollar su proyecto soñado debido a limitaciones legales y burocráticas, o debido a la falta de acceso a una buena educación. En fin, son menos libres todos quienes se ven obligados a torcer su destino por limitaciones externas que no tienen justificación.

La libertad tiene un límite, ciertamente. No somos libres de matar al vecino o negar el alimento a nuestros hijos. Ese límite se construye en base a ciertos mínimos de convivencia: nuestro ejercicio de la libertad no puede limitar la libertad de otros. Pero ¿cuántas veces esas estrictiones a la libertad con las que nos vamos topando exceden ese límite? ¿Cuántos grupos de presión nos insisten en *limitar* las libertades para incrementar su poder, simplemente? Los diversos actores que, por ejemplo, plantean derogar por ley cualquier espacio para la educación privada, están planteando una reforma que solo limita espacios de libertad. De igual manera, el colegio de abogados, al postular

prohibir el ejercicio a miembros no asociados, está restringiendo la acción sin una justificación razonable. Ambos son ejemplos de presiones para limitar algunos espacios de libertad que no tienen como justificación el que dichos espacios se interpongan con la libertad de alguno. Son, simplemente, expresiones de la ley de la jungla en que cada uno quiere dominar al otro y hacerse de nichos de poder. La naturaleza humana en su más genuina expresión. Porque, como dice el mismo Mill: “El deseo de poder no puede dejar de ser una fuerza depravante de la especie humana sino cuando cada individuo pueda manejarse sin él, lo que solo podrá existir en los países en donde la libertad del individuo en sus asuntos personales sea un asunto reconocido”¹⁰. Las luchas por el poder son pan de cada día y el rol del Estado debiera ser aplacarlas. Porque donde hay desequilibrios de poder, hay opresión. Donde hay desequilibrios de poder, hay uno que es más libre que otro.

¿Cuál es el sueño, entonces? *Ampliar los espacios de libertad de todos quienes conforman la sociedad chilena.* Por ejemplo, incrementar el espacio de libertad del emprendedor que sueña realizar un proyecto novedoso, el espacio de libertad del joven que desea continuar educándose después de egresar de la educación media, el espacio de libertad del jefe o la jefa de hogar que tiene una determinada visión de familia, el espacio de libertad de todo aquel que quiere cambiarse de trabajo, el espacio de libertad de quien se ve llamado a innovar, el espacio de libertad del que quiere asociarse a una agrupación y del que quiere profesar una religión.



“En fin, son menos libres todos quienes se ven obligados a torcer su destino por limitaciones externas que no tienen justificación”.

10. Mill, “La esclavitud de la mujer”, 505.

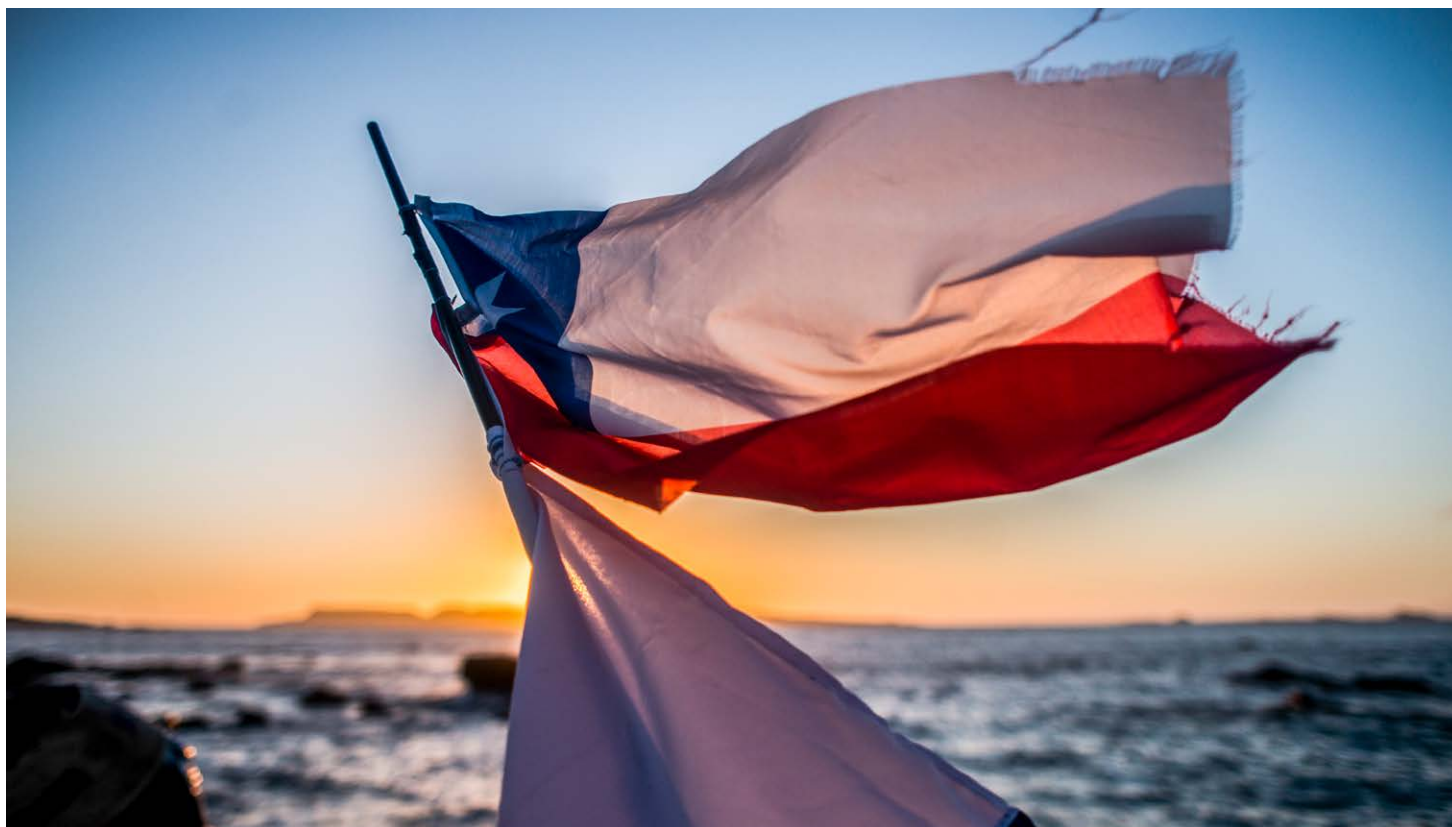
Para ello, estamos llamados a construir un Estado que supervise y reponga los espacios de libertad dañados. Por ejemplo, entregando el cuidado de los hijos al hombre y la mujer por igual (se trata simplemente de la corresponsabilidad); asegurando a nuestros niños el acceso a esa educación inicial que es, comprobadamente, determinante de la amplitud de los espacios de libertad en los que se podrán mover en el futuro; perfeccionando las vías de acceso a la educación para todos, y la calidad de ésta; mejorando el ambiente competitivo de la economía, liberando trabas y obstáculos innecesarios; entregando una red de apoyo social que reponga sus libertades a quienes han dejado de cubrir sus necesidades básicas, o sufren alguna catástrofe de éstas que a todos nos han tocado o nos pueden tocar y que en ocasiones pueden hundirnos: en la salud, en el trabajo, o en la vida en general.

No queremos jugar a ser dioses. Sabemos que no somos omniscientes. No lo somos nosotros, no lo es el Estado ni ninguna institución terrenal. Creemos, entonces, que solo en libertad cada uno tendrá espacio para recorrer la trayectoria para la que fue llamado. Eso no significa que algunos no podamos fracasar, equivocarnos y quizá pagar sus consecuencias de algún error por el resto de nuestras vidas. Pero la alternativa de que nuestros destinos sean



“(...) estamos llamados a construir un Estado que supervise y reponga los espacios de libertad dañados”.

dirigidos por otros, por el marido —en el caso de la mujer antigua— o por el Estado —en el caso de los regímenes autoritarios— es mucho peor. La libertad, de alguna manera, limita a una autoridad que siempre será imperfecta y nos entrega las llaves y la responsabilidad de nuestro futuro a nosotros mismos. La libertad, entonces, distribuye el poder entre las personas, que lo toman y se transforman en autoridades de sí mismas, en actores de su futuro y del futuro de la sociedad a la que pertenecen. ¿Qué mejor modelo a seguir, qué mejor Chile que soñar?





CHILE EN PERSPECTIVA: REFLEXIONES FINALES

Ignacio Briones

*Doctor en Economía Política del Instituto de Estudios Políticos de París.
Ex Ministro de Hacienda de Chile y actual candidato presidencia de Evópoli.*

El siguiente texto es la transcripción de la exposición realizada por Ignacio Briones en el seminario “Chile en perspectiva”, en el cual presentó sus comentarios de los análisis que se encuentran en las páginas anteriores.

Muchas gracias, Sebastián, por la invitación a participar de estas reflexiones. También quiero agradecer a Aldo Mascareño, Valentina Verbal, Francisca Dussailant y Felipe Schwember, que me antecedieron en el uso de la palabra. Agradezco las reflexiones que han hecho, que han sido muy provocadoras y que, además, que tienen un hilo conductor en común.

Yo no he preparado un texto, sino que más bien he ido tomando algunas notas mientras los escuchaba a ustedes. Quisiera partir por lo siguiente: creo que un eje que cruza todas las reflexiones que hemos escuchado esta mañana es si acaso el ideal de libertad está agotado; y si acaso está agotado producto de los hechos recientes que partieron en octubre de 2019 y también con lo que ha sucedido en torno a la pandemia.

Y si no está agotado, la segunda pregunta es: ¿cómo podemos anclar una acción política a principios, a fundamentos que le den sentido y coherencia? Y ¿puede ser este principio la libertad?

Yo quiero partir por este punto, para unir estas dos cosas. Creo que el principio de libertad, las ideas del liberalismo, no están agotadas, y pienso que desde la acción política uno tiene que fundamentar el actuar y las medidas que proponga, al menos para quienes somos liberales. De alguna manera, la pregunta es: ¿debemos —y lo planteaba Valentina Verbal y Felipe Schwember— renunciar al ideal de libertad porque

pareciera estar este ideal en cuestionamiento? Esta es una primera pregunta. Y quizás la pregunta más relevante es: ¿no será que lo que está en cuestionamiento no es tanto el ideal de libertad en sí mismo, sino más bien una cierta manera de entenderlo, que es incompleta y que ha dado cuenta de un cierto incumplimiento? Déjenme tratar de elaborar un poco esta idea, partiendo por algunos elementos claves.



“Creo que el principio de libertad, las ideas del liberalismo, no están agotadas, y pienso que desde la acción política uno tiene que fundamentar el actuar y las medidas que proponga, al menos para quienes somos liberales”.

Si nosotros nos tomamos en serio el ideal de libertad, la pregunta es: ¿deberíamos renunciar, por ejemplo, a la idea de desconcentrar el poder político y económico, que es una idea fundante de ese ideal? ¿No es acaso ese problema de excesiva concentración del poder político y económico lo que está a la base de algunos de los cuestionamientos más profundos del momento actual? Porque si eso es así, bueno, lo que estamos diciendo es que no estamos renunciando, o no deberíamos renunciar, a los ideales del liberalismo, sino que, muy por el contrario, deberíamos profundizarlos. Porque el liberalismo se entiende abogando por la desconcentración del poder político y económico.

¿Está acaso en jaque o en cuestionamiento el ideal de reconocer al otro y valorar los distintos proyectos de vida? ¿No debemos todavía suponer que las personas deben ser las autoras principales de su destino, sin que se les imponga —desde el Estado o desde ciertos grupos— una cierta idea de felicidad monolítica? A mí me parece que, como lo planteó muy bien Aldo Mascareño, probablemente lo que esté en cuestionamiento es que ese ideal de reconocimiento de la diversidad de los proyectos de vida no siempre posee las herramientas para poder desplegarlos, para que efectivamente podamos ser los arquitectos de nuestras vidas. Esto es lo que se cuestiona o debería cuestionar, me parece a mí, pero no el ideal de libertad en sí mismo.

¿Deberíamos cuestionar acaso la igualdad ante la ley, que me parece a mí también es fruto de la tensión que se ha plasmado el último tiempo en el país? Cuando uno piensa en el financiamiento ilegal de la política; en los casos de colusión; en los delitos financieros, que a vista y paciencia de todos no suponen ninguna sanción relevante; bueno, lo que tenemos por delante es un desafío al principio de igualdad ante la ley, a su aplicación concreta.

Cuando hablamos del Estado, ¿deberíamos renunciar a la denuncia de que existe una captura del Estado, que se hace en función de recursos públicos que ponemos todos los chilenos? ¿O deberíamos abandonar la idea de justicia y de sobre invertir en aquellas personas que tienen más carencias y que necesitan un empujón mayor que aquellas personas que no necesitan recursos? Es decir, ¿deberíamos renunciar a un ideal de justicia redistributiva que hoy día —¡oh!, palabra pecaminosa— se llama *focalización*? Cambiémosle el nombre, si queremos. Pero la focalización no es otra cosa que sobre invertir en aquellos que más necesidades tienen, y eso parece un principio de justicia redistributiva fundamental, al que no deberíamos renunciar.

¿Deberíamos abandonar un ideal de justicia y de políticas públicas que ponga arriba de la mesa un concepto de justicia intergeneracional, por ejemplo, presente en la discusión sobre las pensiones, pero también en las cuestiones sobre cambio climático? En este último tema, la pregunta no es solo económica, sino que es moral, es decir, asociada a lo qué le debemos a las generaciones futuras.

Entonces, me parece a mí que cuando uno lista estos puntos y otros más, lo que está en jaque no es el ideal de libertad, a partir del cual nosotros deberíamos anclar un proyecto político, liberal, sino que más bien la incapacidad de que, al alero de ese concepto, se den respuestas concretas a ese ideal de libertad. No es el ideal mismo el que está en discusión, sino la forma de concretarlo.

Esto último me lleva a una cuestión que con muchos de ustedes he discutido desde hace mucho tiempo, y que implica entender la libertad como un sueño, como la posibilidad de ser arquitectos del propio proyecto de vida. Y esto supone dar cuenta de un plano moral y de reconocimiento. Cuando uno valora y reconoce al otro en sí mismo, cuando valora y reconoce la posibilidad de perseguir proyectos de vida, la verdad es que uno está valorando la dignidad humana. Porque qué cosa más preciosa para todos y cada uno de nosotros que la capacidad de poder desplegar con libertad, con autonomía, nuestros proyectos de vida. Reconocer esta posibilidad, valorarla incluso, implica una muestra de máxima valoración de la dignidad, y por eso me gusta a mí ligar libertad con dignidad. Ambas cosas van unidas.

Pero esto nos lleva a otro elemento que tiene que estar en juego en la discusión, que es un ideal de justicia social, que está perfectamente vinculado al liberalismo. Con Felipe Schwember lo hemos discutido más de una vez: un liberalismo que es pura libertad negativa —es decir, la condición de no interferencia— es una libertad puramente formal. Pero la libertad que se ancla en la idea de que es necesario avanzar hacia una cancha de oportunidades, que entrega herramientas y capacidades a las personas para que efectivamente puedan ellas construir sus proyectos de vida, es una libertad completa, que se concretiza en la práctica. Por lo mismo, aspirar a este ideal tan relevante de una vida digna, de una vida no determinada por el lugar de nacimiento, o por el colegio donde se estudió, es un ideal fundamental que debemos defender. Por eso, pienso, el liberalismo es siempre social. El liberalismo no puede ser una entelequia, debe tener una bajada concreta.

Entonces, creo yo, aquellos que se apresuran en sacar conclusiones relativas a que acá lo que ha sido puesto en jaque o está listo para ser tirado al basurero, es, como dice Felipe Schwember, el neoliberalismo, yo la verdad es que disputo que Chile tenga un modelo neoliberal. Pienso que el Chile de hoy es muy distinto al Chile de los 80' y los 90'. Pero si uno va al punto más de fondo, disputo que en esta crisis lo que debamos tirar a la basura, como algunos plantean, son los ideales liberales. Por el contrario, yo creo que no hemos vivido plenamente bajo principios liberales. Todavía debemos dar la pelea, sin tapujos, contra los grupos de interés, que mantienen el *statu quo*, que capturan el Estado, por ejemplo, a través de rentas monopólicas en el mercado. Todo esto lo debemos denunciar con mucha fuerza y, de esta manera, aspirar a que el ideal liberal sea mucho más patente y visible en las personas comunes y corrientes. Yo estoy seguro de que, más allá de la discusión filosófica, las personas tienen una profunda sintonía con el ideal liberal, que no es otra cosa que la posibilidad de que seamos los autores de nuestros proyectos de vida. Y también gracias a la existencia de herramientas que permitan desplegar esos proyectos de vida con una mínima pero exigente igualdad de oportunidades.

Felipe Schwember hablaba de una tercera vía para referirse al liberalismo. En este sentido, nosotros podríamos hablar

de un tercer pilar, que es el posicionamiento de la sociedad civil en oposición a esta mirada monolítica de que todo bien público, o cosas que son valiosas para la sociedad, debe ser proveído por el Estado. Creo que si hay algo que sale fortalecido luego de esta pandemia es el rol de la sociedad civil. Por ejemplo, la comunidad científica, los emprendedores, las juntas de vecinos, las agrupaciones de apoyo y ayuda social; en fin, todas esas entidades sociales han mostrado poseer gran agilidad y potencia para resolver muchos problemas. De alguna manera, incluso los constituyentes independientes, muchos de ellos, vienen de esas organizaciones de la sociedad civil, que no son sino la expresión máxima de la libertad para agruparse, la libertad para impulsar causas que son afines al bien común, y que yo creo que abren una puerta muy interesante para la arena política.

Recapitulando, y otra vez colgándome de lo que decían todos ustedes, creo que este ideal liberal que a nosotros nos mueve debe estar conectado con la libertad para construir nuestros proyectos de vida, y esa libertad es la máxima expresión de la dignidad. Si somos capaces de no olvidar esto, podremos encausar nuestros principios hacia políticas públicas que vayan esta línea. Por lo mismo, tenemos muy buenas razones para ser optimistas sobre el futuro; buenas razones para estar convencidos de que de aquello que impulsamos, vale la pena.



Estoy de acuerdo: cuando la política renuncia a sus convicciones y genera simplemente una popularidad efímera de corto plazo, creo que a larga el remedio es peor que la enfermedad; pienso que esto puede conducir a una política sin ideales, sin causas, sin convicción. Y sostengo que eso es fatal para quienes aspiramos a que las personas sean efectivamente libres para construir sus proyectos de vida. Solo puedo concluir estas reflexiones pensando en Isaiah Berlin, quien decía que la vida es mucho más digna y grata de ser vivida entendiendo a las personas en sociedad, pero no como individuos aislados, como islas, sino más bien como formando parte de un archipiélago donde tenemos nuestra individualidad, nuestros sueños, nuestros proyectos de vida autónomos, pero al mismo tiempo interactuando con el resto. La idea de las vidas humanas como parte de un archipiélago me resulta, a mí, mucho más rica y más digna que la que es pensada y vivida como si fuera un monolítico arrecife de coral. Creo que esa es la disputa ideológica que está hoy en juego.

Hay algunos que sacan lecciones apresuradas respecto a lo que ha pasado en Chile en los últimos meses, en el sentido de que habría una suerte de verdad revelada sobre un modelo único de vida, de felicidad, que debiéramos impulsar para adelante en circunstancias que, reitero, tenemos un Chile diverso, un Chile que reivindica su autonomía, como decía Aldo Mascareño, su individualidad, sus proyectos de vida; y todo esto en el marco de un sistema social que es eminentemente complejo.



“La idea de las vidas humanas como parte de un archipiélago me resulta, a mí, mucho más rica y más digna que la que es pensada y vivida como si fuera un monolítico arrecife de coral”.

Agradezco vuestras reflexiones Aldo, Valentina, Francisca y Felipe. Creo que son muy valiosas porque en momentos de agitación y de incertidumbre, es muy importante mantener la cabeza fría y poder reflexionar desde las convicciones a las que no debemos renunciar, sino que incluso debemos reforzarlas. Solamente de esta manera podremos tener un proyecto político de futuro.

¡Muchas gracias!



Contacto:
horizontal@horizontalchile.cl
www.horizontalchile.cl

 Horizontal Chile

 horizontal_chile

 horizontalchile

 horizontalchile

 HORIZONTAL